

Los docentes y los programas de estudio: nuevas miradas y nuevas relaciones

Yuliana Ivett Pech Medina

Producto final Narrativa: La intervención formativa emergente (IFE) Los docentes y los programas de estudio: nuevas miradas y nuevas relaciones tiene el propósito de que los docentes de preescolar, primaria y telesecundaria de todos los tipos de servicio de educación básica resignifiquen su papel en el proceso de comprensión y apropiación del Plan de Estudio 2022 para la mejora de mi práctica docente.

6 de diciembre

Comenzaré mi narrativa compartiendo mi experiencia como docente durante esta formación, donde cada sesión enriqueció mi reflexión y mi forma de interpretar el programa analítico. La participación activa de mis compañeros fue fundamental, ya que sus aportaciones me permitieron conocer diversas perspectivas y ampliar mi comprensión del planteamiento curricular.

Ser docente en Yucatán siempre ha sido un reto, pero cuando tu trabajo te lleva a viajar entre municipios tan distantes como Valladolid y Umán, el cansancio físico se combina con desafíos más profundos. A veces me pregunto cómo influyen estas largas jornadas de traslado en mi capacidad para adoptar los cambios propuestos por la Nueva Escuela Mexicana (NEM). Pero al final del día, mi vocación me impulsa a seguir adelante, tratando de entender cómo este nuevo plan puede transformar no solo mi enseñanza, sino también las vidas de mis estudiantes.

El currículo humanista-sociocrítico propuesto por la NEM resuena profundamente conmigo. Siempre he creído que la educación no debe limitarse a transmitir conocimientos fragmentados, como si estuviéramos ensamblando piezas de un rompecabezas sin sentido. En cambio, debe conectar la teoría con la práctica, abordar los problemas reales de la comunidad y empoderar a los estudiantes para ser críticos y autónomos. Sin embargo, aplicar esta filosofía no es tan sencillo cuando muchos colegas parecen resistirse al cambio. La colaboración docente, que debería ser el corazón del codiseño curricular, a menudo se ve entorpecida por la inercia de quienes prefieren las viejas formas, menos demandantes pero también menos significativas.

En una ocasión, en Valladolid, trabajé con un grupo en un proyecto sobre la conservación del cenote local. Fue un esfuerzo conjunto entre estudiantes, docentes y la comunidad. Este tipo de actividades ilustran cómo la educación puede trascender las paredes del aula, promoviendo aprendizajes que realmente transforman. Sin embargo, en Umán, me enfrenté a un panorama distinto: un grupo apático ante la idea de proyectos comunitarios. Reflexioné sobre mi práctica y, aunque al principio me sentí frustrada, entendí que el cambio no llega de un día para otro. Replanteé mi estrategia y empecé con actividades más pequeñas, como analizar problemas cotidianos, logrando poco a poco generar interés en los estudiantes.

Adoptar este enfoque curricular también implica revisar nuestra forma de enseñar. Por ejemplo, ahora busco involucrar más a las familias en el proceso educativo. Esto no solo enriquece los proyectos, sino que también fortalece los lazos entre la escuela y la comunidad, un aspecto central del nuevo modelo. Además, he aprendido que es crucial reconocer las particularidades de cada territorio. En Valladolid, las tradiciones mayas y el profundo respeto por la naturaleza marcan una diferencia significativa en comparación con Umán, un lugar más influenciado por el urbanismo y la cercanía a Mérida.

El camino es complicado, no solo por los kilómetros que recorro cada semana, sino también por las barreras culturales y emocionales que enfrentamos quienes trabajamos en este campo. Pero la educación humanista-sociocrítica me ofrece una brújula para navegar. Y aunque todavía hay mucho por hacer, cada pequeño avance me confirma que vale la pena apostar por una enseñanza que conecte el aula con la vida y que permita a los estudiantes ser los verdaderos protagonistas de su aprendizaje.

El curso me permitió comprender mejor las transformaciones que exige el nuevo planteamiento curricular. Ahora veo que la escuela debe ser un espacio abierto, conectado con la realidad de los estudiantes, donde ellos son protagonistas de su aprendizaje. Esto implica valorar sus experiencias y contextos, para construir aprendizajes significativos y pertinentes. Dejar de concebir la enseñanza como una mera transmisión de contenidos me impulsa a replantear mi papel como docente y mi relación con los alumnos.

La enseñanza en este enfoque es un proceso dinámico que busca desarrollar pensamiento crítico, autonomía y sensibilidad hacia el entorno. La comunidad y el territorio se convierten en el núcleo de la educación, permitiendo que las necesidades, problemáticas y recursos locales den sentido a los contenidos y actividades. Por ejemplo, integrar tradiciones culturales en Valladolid o abordar problemáticas urbanas en Umán no solo conecta a los estudiantes con su entorno, sino que también les da herramientas para transformarlo.

Ser congruente con este modelo significa flexibilizar mi planeación, reflexionar constantemente y tomar decisiones responsables sobre cómo abordar los contenidos. Aprendí que mi práctica docente refleja mis valores y compromisos, y que la autonomía profesional no es solo tomar decisiones, sino hacerlo con un propósito transformador. Este curso me ayudó a reconocer que, aunque el cambio no es inmediato, cada pequeño paso hacia una educación contextualizada y crítica vale la pena.

La tercera sesión me permitió reflexionar profundamente sobre el sentido de la escuela como un espacio que trasciende la enseñanza individual para convertirse en un escenario de colaboración activa. Durante el trabajo en equipo para analizar problemáticas y construir el programa analítico, comprendimos que nuestra labor debe estar alineada con el perfil de egreso del Plan de Estudio 2022. Este perfil plantea formar ciudadanos críticos y comprometidos con su comunidad-territorio, lo que nos obliga a considerar la diversidad cultural, social y lingüística de nuestros contextos. A través del diálogo, identificamos que el sentido de la escuela radica en preparar a los estudiantes no solo para la vida académica, sino para integrarse activamente en su entorno y contribuir a su transformación social.

El proceso para llegar a consensos en el equipo implicó tanto desafíos como aprendizajes. Organizarnos de manera efectiva y superar las diferencias en puntos de vista fueron retos importantes, pero logramos acuerdos al centrarnos en el bienestar y aprendizaje de todos los estudiantes. Esto reforzó nuestra convicción de que la ruta más adecuada para alcanzar el perfil de egreso es el trabajo colectivo. La colaboración permite integrar perspectivas diversas, fortalecer el compromiso ético y enriquecer las decisiones que tomamos como docentes. Sin embargo, también visualizamos que será necesario continuar fomentando la comunicación abierta, el respeto y la flexibilidad para enfrentar los retos comunes que surgen en este camino hacia una práctica docente más integral y transformadora.

Es importante para nosotros entender el entorno socioeducativo particular de su escuela y comunidad al crear un programa de análisis basado en la realidad circundante. Estudiar no solo las características académicas de los estudiantes sino también su contexto social cultural y familiar ayuda a identificar sus necesidades y desafíos. La participación de toda la comunidad educativa en este proceso colaborativo refuerza la toma de decisiones y garantiza que el plan de estudios sea relevante y valioso. Saltarse este paso resultaría en desconectar el proceso de aprendizaje de la vida real de los estudiantes y disminuiría la eficacia de la enseñanza.

En lo que respecta a cómo los distintos actores involucrados perciben la situación; si bien todos están de acuerdo en la importancia de tener en cuenta las condiciones sociales y culturales de los estudiantes; cada grupo tiene un enfoque diferente: los profesores se centran en métodos pedagógicos mientras que las familias y los estudiantes enfatizan las necesidades sociales y las dinámicas culturales. Esta diversidad de puntos de vista enriquece el proceso de diseño conjunto del plan de estudios al permitir la integración de conocimientos comunitarios valiosos. Los puntos clave para orientar el aprendizaje de los alumnos son los contenidos y las metas educativas del plan de estudios; estos son fundamentales para que puedan interpretar y evaluar su entorno social de manera efectiva y significativa.

Sin duda, este curso me ayudó a identificar retos y metas por cumplir, pero también amplió mi perspectiva para trabajar en beneficio de la educación y mis estudiantes. Ahora entiendo mejor cómo alinear mi práctica con un enfoque colaborativo y transformador, promoviendo aprendizajes significativos.